

Escritura sagrada

José A. Sánchez Paso. Universidad de Salamanca

José Ángel Esteban. "No quería perdérmelo por nada del mundo" (1).

"Estaba ensayando con un grupo de la movida, Glutamato Ye-Ye, del que era bajista. Tenía 23 años. Un amigo periodista me dijo 'ha habido un golpe de Estado' y salí corriendo. Quería estar allí. Era un acontecimiento histórico y no quería perdérmelo por nada del mundo. Nunca tuve una sensación catastrófica, ni pensaba en huir a París. En aquellos momentos no te planteabas estas cosas".

El periodista, guionista de cine y TV y exdirector de programas de RNE, recogió decenas de notas de testimonios en cuadernos que solo tres semanas después del golpe se convirtieron en un libro, *Todos al suelo*, editado por José Luis López y escrito con los también periodistas Bonifacio de la Cuadra, Ricardo Cid, Fernando Jáuregui, Rosa López, José Luis Martínez y Juan Vam den Eyde. Esteban también recuerda la llegada de los ejemplares de *EL PAÍS*, en cuya lectura aparece enfrascado en la fotografía. "Fijó los sentimientos que todos teníamos. Entonces la tinta impresa era definitiva, fijaba emociones. Ahora, con Internet, es diferente. Ese instante constante en que se ha convertido el periodismo lo hace todo más fluctuante".

El comentario viene a cuento de la celebración en estos días últimos del 30 aniversario del intento de golpe de Estado del 23-F. El detalle que me interesa es el de la idea de que el periódico impreso, en aquellos días de 1981, servía para fijar emociones y hoy internet produce fluctuaciones menos indelebles. Es acorde con esa idea que sostengo desde hace muchos años del carácter sagrado que tiene la palabra escrita, que en estos tiempos de terminología confusa habría que matizar y decir la palabra impresa. Hay una inmutabilidad en ella que le otorga el grado máximo de credibilidad frente a, por ejemplo, la radio o la televisión. También internet, por supuesto. Intuitivamente no le daba marchamo de certeza a algo hasta que no lo veía escrito en el periódico al día siguiente. Incluso el resultado de un partido de fútbol: sólo la crónica deportiva daba por cerrado y definitivo el partido.

Internet y otros cacharros no me producen una sensación distinta que la radio y la televisión: la palabra ahí tampoco está impresa, en ese sentido sacro que quizá desde antiguo tiene el documento entre las manos. La tableta, el iPad, el notebook o cualquier otro aparato me permite leer, por supuesto, pero no dejan de ser pantallas. El principio de autoridad, de autenticación de la información en mi subconsciente no es legítimo, hoy por hoy, hasta que no está impreso. Mejor en la página de un libro que en la hoja de un periódico, pero en cualquier caso mejor que impreso en una pantalla, a la que todavía le falta un rango. Hoy por hoy, digo. Mañana, quién sabe. A la postre todo es efímero, por más que los papiros se guarden en ánforas dentro de cuevas oscuras en las proximidades del mar Muerto. Quizá la única escritura verdaderamente indeleble sea la epigráfica. Lo que pasa es que la literatura que se puede inscribir en un miliario no llega a ser ni aforismo. Lástima.

Salamanca
Marzo, 2011

(1)http://wap.elpais.com/index.php?module=elp_gen&page=elp_gen_noticia&idNoticia=20110222elpepunac_35.Tes&seccion=nac